

*Miguel Angel Granados Chapa*

Agradezco a la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales la ocasión de participar en estos cursos de invierno sobre "Comunicación y Dependencia", y particularmente por asignarme la responsabilidad de comentar la ponencia del profesor Fernando Curiel sobre la radio.

Experimento la sensación del trapecista que bajo el enlonado se lanza a pleno vuelo, después de escuchar la participación del profesor Curiel, porque los riesgos son inminentes y casi visibles (o audibles diríamos tratándose de conversación sobre la radio). Si suele admitirse que nunca las segundas partes fueron buenas, el riesgo de que esta desventaja de la segunda parte respecto de la primera se concrete, es muy cercano, y por su concreción pido excusas de antemano.

Me siento particularmente inhábil para recrear en el comentario la atmósfera (diría yo, no sé si ofendiendo a alguna de las partes) monsivaisiana de que el profesor Curiel ha impregnado a su ponencia; monsivaisiana entre otras cosas porque está lleno de ocurrencias, según se ha dicho por ahí, aunque también está llena de ideas. Para hacer el comentario voy a permitirme seguir la lectura que hizo el profesor Curiel, deteniéndome en aquellos pasajes que en opinión mía requieren de alguna apostilla, de algún añadido, de alguna eventual discrepancia con las proposiciones, con los puntos de vista del profesor Curiel; y aquí, en la exposición en segundo término de las circunstanciales diferencias que pueda tener con su opinión, radica quizá la única ventaja de comentar la ponencia del profesor Curiel; la última palabra me la reservo, pues.

Habló Fernando Curiel de la segunda mitad de los cincuentas y la primera de los sesentas, diciendo que sólo en ese periodo la programación radiofónica despla-

\* Comentario a la ponencia del profesor Fernando Curiel.



zó a la televisiva. Tengo la impresión de que esta declaración, esta afirmación, es real sólo respecto de una clase, de la clase media urbana que frecuenta, que utiliza la televisión. No es verdadera, me parece, respecto del gran universo que constituye la clientela de la radio en general. Todavía, a pesar de los progresos de la televisión, el número de los radiohogares, es decir, de las casas de mexicanos en donde se escucha radio (probablemente con preferencia a la televisión), excede en proporción de más de dos a uno al uso de la televisión.

Dicho de otra manera, la televisión no ha desplazado, respecto de una gran muchedumbre de mexicanos, el uso de la radiodifusión. Dicho de otra manera: muchísimos mexicanos, probablemente unos cinco millones de habitantes de radiohogares, es decir, unos treinta millones de mexicanos, no han llegado todavía a la edad de la televisión y consiguientemente la cultura televisiva (que en la ponencia se afirma ha desplazado a la cultura radiofónica) ha operado sólo en función, sólo en este sentido respecto de la clase media urbana y no tanto respecto de la clase proletaria, la clase campesina que en el caso de ser usuaria de algún medio lo es básicamente de la radio y no de la televisión y mucho menos de los medios impresos.

Recordó el profesor Curiel que en sus crónicas y documentos él habló de la guerra de los medios, refiriéndose a aquel episodio iniciado en 1972 en el que se enfrentaron algunos diarios, particularmente el *Excélsior* de entonces con el monopolio de la televisión. Aunque el profesor Curiel no explicita la razón por la cual habla de la guerra de los medios, esta expresión fue difundida ampliamente en aquel entonces con un propósito, sin duda no el del profesor Curiel, distorsionante de las motivaciones que conducían a la prensa impresa, particularmente al *Excélsior* de entonces, a impugnar, a cuestionar el hacer y el existir mismo de la televisión privada. Llegó a pensarse que esta guerra de los medios era en realidad un combate por el botín publicitario, un enfrentamiento por las cuentas y no derivaba tanto de posiciones políticas que asumían uno y otro de los contendientes. Me parece importante aprovechar esta circunstancia para expresar mi punto de vista respecto de que si pudo hablarse de una guerra de los medios, era en virtud de que eran medios distintos los que proponían soluciones distintas al uso de la comunicación colectiva y no una guerra entablada entre intereses mercantiles. No los había en las dos partes por lo menos, con el objeto de apoderarse de una tajada mayor del pastel de la inversión publicitaria en nuestro país.

En ese mismo 1972, el 27 de junio recuerda el profesor Curiel, se inauguró esta guerra de los medios con una declaración de la Secretaría de Comunicaciones y Transportes. Se inauguró entonces algo que probó ser finalmente un falso debate, algo que probó ser sólo una mampara gubernamental que no se concretó en los hechos frente a la televisión, ni a la radiodifusión privada. Como ustedes recuerdan, como nos lo ha hecho recordar el profesor Curiel, a mediados de 1972 diversos funcionarios gubernamentales, singularmente aquellos que dentro de la esfera de su competencia administrativa debían ejercer funciones de vigilancia y

de conducción respecto de la radiodifusión, respecto de la televisión también, expresaron su inconformidad, su desazón y hasta su enojo con las formas en que los comerciantes de la comunicación venían haciendo operar los canales, las emisoras cuyo uso les ha sido concesionado por el Gobierno Federal.

La retórica gubernamental, la tormenta verbal que sobre los concesionarios se desató desde los más altos niveles gubernamentales, incluido naturalmente el presidente de la República, el presidente Echeverría, no correspondió, sin embargo, a actitudes propias de la autoridad que tiene en sus manos la corrección de los rumbos que califica de desatinados, sino por lo contrario; en repetición de un fenómeno que fue frecuente en la administración gubernamental anterior, a las palabras tronantes, a los adjetivos vehementes, a las calificaciones rimbombantes correspondieron actitudes tibias, actitudes contradictorias.

La televisión privada, la radiodifusión privada, obtuvo a cambio de dejarse irritar por esa tormenta de venablos verbales un reglamento de la Ley Federal de Radio y Televisión, que lejos de contrariar sus prácticas, las mismas prácticas que habían sido condenadas, que habían sido juzgadas tan acremente por los funcionarios gubernamentales, les ratificó la vocación por la ganancia, por la ganancia excesiva en el uso de los medios de comunicación que por su propia naturaleza no son, no debieron ser, de propiedad particular, sino propiedad de la nación entera.

Tanto fue artificial el debate entre el gobierno y los concesionarios de la radio y televisión que muy probablemente el tiempo, y no muy largo, permitirá probar esta hipótesis que ahora anticipamos: el presidente que había argumentado tan ferozmente contra los medios de comunicación, en particular contra el uso de la radio y de la televisión, muy probablemente quiso convertirse en uno de estos concesionarios. En el segundo semestre de 1976, en el último semestre de su gobierno, el presidente Echeverría no sólo clausuró *Excélsior*; no sólo ganó las elecciones contra nadie; no sólo derrotó militarmente a la tendencia democrática de los electricistas; no sólo empobreció a la nación devaluando el peso casi en un ciento por ciento, sino que también en este último segundo semestre, en este último tiempo de su gobierno, sin cubrir los requisitos legales, hizo que se adjudicaran 94 concesiones a particulares más o menos difusos, concesiones para establecer estaciones de radio, cuando en los últimos años se habían cerrado las posibilidades de abrir nuevas emisoras de radio.

Tan apresuradamente, tan premiosamente se asignaron estas concesiones que el gobierno de hoy, en el fatal, inevitable, a veces cansino proceso de rectificación de un sexenio respecto del anterior, ha tenido que cancelarlas una por una, porque no se habían cuidado ni siquiera las formas más elementales para que los beneficiarios de estas concesiones, beneficiarios extrañamente privilegiados por un gobierno ha ido suprimiéndolas una por una para evitar la concreción, la culminación de un proceso evidente de corrupción administrativa.

El asunto está hoy apenas en su etapa de intriga política, de investigación policia-



ca quizá; pero se convertirá, supongo que en breve, en materia de examen político y comunicólogo.

Entre las moralejas que el profesor Curiel extrajo de la guerra de los medios y que nos ha referido en su ponencia, hay alguna respecto de las cuales quisiera también formular algunos comentarios. Dice con razón el profesor Curiel que las baterías —estuve a punto de cometer un error de lectura y decir, quizá sin cometer un error conceptual, las beaterías— apuntaron fundamentalmente al “centro untoso y blando de la programación televisiva privada y se omitió en lo particular el análisis de la radio comercial”. Hoy esta afirmación sigue siendo cierta. Esta moraleja no aplicable sólo a 1972, a la culminación de la guerra de los medios. La radio sigue siendo hoy probablemente la gran desconocida de los medios de comunicación. Juzgo que ello es así por efecto de un colonialismo en la investigación, que nos propone como interesantes, como importantes, como trascendentes para ser dilucidadas, cuestiones que interesan más a la sede imperial y no a los países periféricos y dependiente como el nuestro.

La televisión es, en varios sentidos, la reina de la comunicación en Norteamérica, se ha impuesto a los medios impresos, al cine y a la radio, aunque recientemente “U. S. News and World-Report” informaba de un repunte notable de la radiodifusión, repunte que no llega todavía ni siquiera a hacerle cosquillas al imperio televisivo; y esta presencia magna, esta omnipresencia de la televisión en las vidas y consiguientemente en las preocupaciones de la sociedad norteamericana se nos ha transminado, haciéndonos figurarnos que la televisión nos importa también en la misma medida y en el mismo grado que a la sociedad norteamericana. Sin duda nos importa, sin duda nos afecta; pero la radio nos afecta y nos importa tanto o más. Quizá las solas cifras de hogares con radio y la de hogares con televisión bastarían para darnos una señal del grado de preocupación que debiera merecernos: hay ocho millones de radiohogares y hay tres millones cuatrocientos mil millones de telehogares, es decir, de casas con radio las primeras y de casas con televisión las segundas, y sin embargo sabemos bien poco de la radio y aquí hay una muestra de esto, lo que estamos haciendo aquí. Esta investigación ausente sobre la radio, a la que se refiere tan justamente el profesor Curiel, concluyo, se debe entre otras razones a este proceso de colonización cultural que nos desvía de los intereses que preferentemente debieran ocupar nuestra atención.

La tercera moraleja a la que se refiere el profesor Curiel en este recuento, reza así: “la pluma flamígera se demoraba en la denuncia de un elemento constitutivo; la manipulación”. Así fue, pero no sólo; hubo otros efectos perniciosos de la televisión, de la radiodifusión en general, que fueron abordados, que fueron estudiados a partir de esta guerra de los medios. Es particularmente notable en el nivel de tesis profesional que le correspondió el trabajo de Fátima Fernández Christlieb que esta mañana participó en la inauguración de estos cursos de invierno, examinando la propiedad de los medios y cómo la estructura de propiedad influye en los contenidos de los medios. Esta guerra entre la prensa, el avanzar más allá de la

condena frecuentemente llena de lugares comunes a la manipulación, para abrir otros rumbos en los trabajos de investigación a este respecto.

Otra moraleja reprochona que formula el profesor Curiel respecto de esta guerra de los medios consiste en decir que el enfoque se constreñía a los medios masivos capitalistas o dependientes, soslayándose el recuento y discernimiento de los socialistas. Me parece bien que así haya sido. Todavía y según parece por largo tiempo, vivimos aquí en un país capitalista y era prioritario, era urgente, era necesario ocuparnos primero de nuestro entorno más inmediato aun cuando eso no excluyera la posibilidad de contemplar las posibles soluciones que en el futuro (de fecha no previsible; pero futuro cierto) se plantea delante de nosotros, para cuando las cosas cambien, para lo que viene, como diría el profesor Reyes Heróles.

La quinta moraleja del profesor Curiel: “los constantes llamados a la estatización no se acompañaban de un proyecto operativo diáfano”, reprocha también. Siento otra vez que el reproche es injusto porque la crítica al uso privado de los medios no conllevó siempre llamados a la estatización. Hay diversas posiciones de partidos políticos, del Partido Popular Socialista, por ejemplo; del profesor Gastón García Cantú, de otros estudiosos de la comunicación que buscan, que proponen la democratización de los medios, es decir, su operación por parte de grupos sociales significativos, sobre todo aquellos organizados en universidades, en representaciones profesionales, etcétera.

Por último, en la moraleja marcada con la letra g, dice el profesor Curiel que “más allá del malestar, del temor de que Telesistema ocupara el lugar del Partido (y aquí supongo que el profesor Curiel se refiere al Revolucionario Institucional y no al Comunista aunque suela uno referirse a ambos con la misma unción), el Estado carecía de un proyecto político a la par, malicioso y consistente”. Esto es cierto también; pero de nuevo siento que podría ser matizado: es evidente que el Estado careció entre 1970 y 1976 de un proyecto político en materia de comunicación. Hubo, sin embargo, tentativas; hubo, sin embargo, escarceos; hubo acercamientos a este proyecto político en materia de comunicación.

Nunca (y aquí hay que expresar que no nos duelen prendas al reconocerlo), nunca como en el sexenio anterior se plantearon tan aproximativamente, tan cercanas a las verdaderas necesidades sociales, fórmulas para el uso de los medios estatales de la comunicación. Administrativamente se crearon, quizá en exceso, órganos que tenían a su cargo la administración del tiempo de que el Estado dispone en los medios de comunicación electrónica en la radio (para referir el problema a nuestro interés principal). Se idearon mecanismos para la operación de estos órganos, de tal suerte de ofrecer, así fuera mínimamente, una alternativa, una alternativa frente a la difusión privada. Sin embargo, como suele ocurrir, como ocurre con frecuencia en estos casos, se dieron sólo pasos a la mitad y no se completó la tarea iniciada durante el propio sexenio anterior. En el sexenio anterior hubo la oportunidad de poner en práctica el uso del tiempo fiscal del Estado, aquel que le proviene del pago de impuestos acordados en 1968 y modificados en 1969, y



que se reflejan en la obligación de los concesionarios de radio y televisión de entregar el 12.5 por ciento de su tiempo de transmisiones al aparato estatal, al gobierno federal mexicano.

Desde el principio, el gobierno hizo un mal negocio porque sabía que no estaría en condiciones de emplear el tiempo de que disponía. Efectivamente, el gobierno ha estado bien lejos de satisfacer el espacio que le fue abierto por esta disposición fiscal. La Cámara Nacional de la Industria de la Radio y la Televisión calcula, en su último informe de 1977, que las estaciones afiliadas a ella transmiten un total de cinco millones de horas al año. Estos cinco millones al año nos dan unas setecientas cincuenta mil horas al año aproximadamente, correspondientes al 12.5 por ciento. En 1976, que es el año en que más ha transmitido el Estado aprovechando ese espacio, en vez de las setecientas cincuenta mil horas sólo difundió ciento sesenta y cinco mil. Y como se dispuso que lo caído, caído, es decir, que lo no ocupado ya no se ocupó, las horas que el Estado no emplea se revierten sobre los particulares en una virtual exención de impuestos, por un monto tan elevado como el que resulta de establecer una diferencia entre los ciento sesenta y cinco mil horas efectivamente difundidas en 1976, que fue el mejor año (en 71 había sólo dos mil horas) y las setecientas cincuenta mil que hubieran podido ser satisfechas.

Evidentemente, las carencias del Estado para producir le impedirán siempre, le impedirán en todo momento cubrir el tiempo que ha dejado a su disposición, por una medida fiscal. De ahí que cobren vigencia proposiciones públicas ya formuladas en ese sentido, de suprimir esta obligación de pagar en especie el impuesto asignado a las concesiones de radio y televisión, para cubrirlas en efectivo, para que los particulares tengan que cubrirlas como hace la generalidad de los causantes: en efectivo, y que de los recursos que el Estado obtenga por este medio pueda realizarse la producción y aun la compra de tiempo en las difusoras comerciales, porque así el Estado haría un mejor negocio del que está haciendo en la actualidad.

El profesor Curiel nos da datos sobre el número de emisoras existentes en el país. No con ánimo de enmendarle la plana ni de parecer particularmente puntilloso, sino sólo para probar que aun en el terreno de la información estadística tenemos mucho que trabajar en el campo de la radio, establezco estas diferencias: el profesor Curiel no nos informa de la fuente en que obtuvo estos datos, pero nos dice que hay 580 estaciones comerciales de amplitud modulada, de A. M.; la Cámara de la Industria de la Radio y la Televisión, en su informe de 1977, dice que son 574 y la Secretaría de Comunicaciones y Transportes, en el informe correspondiente al sexenio que terminó en 1976, dice que son 569; o 569, o 574, o 580: el número en sí mismo no importa, importa sólo saber que hay esta diversidad en la información estadística. Lo mismo ocurre en las estaciones comerciales de frecuencia modulada: el profesor Curiel nos informa que son 113, la Cámara lo contradice diciendo que son 107, y aun discrepa de ellos, de la Cámara y el profesor Curiel, la Secretaría de Comunicaciones cuando sólo nos da 105. Coinciden la Cá-

mara y la Secretaría de Comunicaciones diciéndonos que son 15 las estaciones comerciales de onda corta; pero el profesor Curiel las reduce a 14; y la Secretaría de Comunicaciones dice que son 11 las culturales de onda corta, mientras que el profesor Curiel sólo consigna 10. Vamos más adelante (repito, sólo con la intención, en este punto que ahora incluimos, de establecer cómo las dificultades para indagar la situación de la radio en México parten aún de establecer con precisión una cifra que rigurosamente hablando debiera ser muy fácil de obtener, que es la totalidad de las difusoras que están, en operación en nuestro país).

Emprendió el profesor Curiel un viaje a través de las ondas hertzianas, un viaje a ciegas, dijo, sin mapas ni itinerarios. Yo le propondría que para hacer otro tipo de viaje sí empleáramos un mapa, el de la distribución geográfica de las radiodifusoras, porque se ve aquí uno de los rasgos que importaría sacar en conclusión de una plática como ésta, una conclusión obvia. La honradez del profesor Curiel al bautizar así sus conclusiones me arrastra necesariamente hacia la misma honestidad y tengo que bautizar también de obvia esta conclusión, que consiste en que el establecimiento de la radio no se hace en modo alguno con criterios sociales, para satisfacer necesidades de la población, sino para cubrir los particulares intereses, los apetitos singulares de los propietarios de los medios. Hay una enorme inequidad en la distribución de las radioemisoras en todo el país. Contrariamente a lo que suele ocurrir en otros campos, no es el Distrito Federal el que concentra la mayor parte de las emisoras, como sí concentra en cambio la mayor parte de las televisoras, la mayor parte de los medios impresos. En la radio se aprecia que entidades como Chihuahua, como Veracruz, como Sonora, sobrepasan al Distrito Federal en el número de estaciones de radio que tienen en operación. Hay en Veracruz 49 estaciones de amplitud modulada y 8 de frecuencia modulada; hay en Chihuahua 42 A. M. y 6 F. M.; hay en Sonora 39 de amplitud modulada y 1 de F. M.; hay en Coahuila 37 de A. M. y 7 de frecuencia modulada, mientras que en el Distrito Federal operan 30 de las primeras de amplitud modulada y 18 de frecuencia modulada. Frente a esta plétora, a esta abundancia de medios radiofónicos, tenemos los casos de Quintana Roo, que tiene 2 estaciones de radio. Evidentemente la diversidad poblacional, la diversidad territorial, la diversidad de desarrollo, contribuyen a explicar estas enormes, abismales diferencias, pero no se agota ahí la explicación: mientras que Quintana Roo tiene 2 y Baja California Sur tiene 3 y Tlaxcala e Hidalgo tienen 2, las entidades de mayor desarrollo relativo como Sinaloa tiene 26, y Tamaulipas tiene 40.

Hay pues un desequilibrio regional en la distribución de las radiodifusoras, y ello importa señalarlo para establecer cómo la radiodifusión ni remotamente se relaciona con necesidades sociales, sino que está vinculada preferentemente con los intereses particulares.

El recorrido del profesor Curiel por el cuadrante lo condujo a radio ABC Internacional, que tiene abierto un programa de teléfono al público llamado "Opinión Pública" y lo condujo también a Radio Voz, "comunicativa" a partir de esta



fecha, según nos lo informa el profesor Curiel. Ellas reabren, no lo inauguran propiamente, un estilo radiofónico contradictorio con el grado de desarrollo de la ciudad, un estilo radiofónico más bien aldeano, más bien pueblerino, que inevitablemente conduce (me conduce a mí por lo menos) a recordar "la voz del Sinchi". Quienes hayan leído *Pantaleón y las visitadoras* o hayan visto la tan a mi juicio tan injustamente vituperada película que resultó del libro, se acordarán de la

media hora de comentarios, críticas, anécdotas, informaciones siempre al servicio de la verdad y la justicia. La voz que recoge y prodiga por las ondas las palpitaciones populares de la amazonia peruana. Un programa vivo y sencillamente humano escrito y radiado por el conocido periodista Germán Laúdano Rosales, el Sinchi.

Parece que la influencia de Pancho Córdoba ha sido poderosa en nuestro ambiente radiofónico y tendremos en ABC y en Radio Voz varios Sinchis no tropicales, sino altiplánicos.

Llegamos a la "W", la catedral de la radio en México, se le decía. Esta catedral sigue siéndolo hoy. En agosto de 1977 un recuento de las preferencias del radioauditorio de la ciudad de México hizo saber que, a pesar de todo, a pesar de la pretendida innovación que hay en el resto del cuadrante, la "W" sigue siendo la predilecta del auditorio. En agosto de 77 un estudio de International Research, que es la empresa mexicana que se ocupa de estas investigaciones, estableció que la "W" tiene un *rating* (como se dice en español para hablar del volumen de preferencias) del 2.7 (teniendo en cuenta que cada punto vale 20 340 radiohogares); mientras que Radio Variedades, que va en segundo lugar, alcanza 2.1, y la guapachosa XEAI, a la que se refería también el profesor Curiel, llega apenas a 1.9.

Probablemente la causa de la predilección de este público amplio por "W" radica en la abundancia de "lágrimas secadas por un comercial", es decir, de radionovelas, según la definición que nos propone el profesor Curiel, de la que es paradigmática la XEW. Quizá, recordando una frase de Marice Duverger, según la cual en muchos aspectos de las ciencias sociales los poetas proyectan más luz que los técnicos; quizá de nuevo una apelación a Mario Vargas Llosa nos ayudará a explicarnos la razón de esta preferencia del público todavía hoy por las radionovelas. En *La tía Julia y el escribidor*, el protagonista, el "propio Marito, el propio Varguitas, como se llama autobiográficamente Vargas Llosa", ¿por qué te gustan tanto los radioteatros? le preguntó un día a su abuelita. ¿Qué tienen que no tengan los libros, por ejemplo? ¡Es una cosa más viva! oír hablar a las personas es más real, le explicó después de reflexionar y además a mis años se portan mejor los oídos que la vista. "Intenté —continúa Vargas Llosa— una averiguación parecida en otras casas de parientes y los resultados fueron vagos. A las tías Gaby, Laura, Olga, Hortensia los radioteatros les gustaban porque eran entretenidos, tristes o fuertes, porque las distraían y hacían soñar, vivir cosas imposibles en la vida real,

porque enseñaban algunas verdades o porque una tenía siempre su poquito de espíritu romántico. Cuando les pregunté por qué les gustaban más que los libros, protestaron: ¡Qué tontería! ¡Cómo se iban a comparar los libros con la cultura! ¡Los radioteatros son simples adesivos para pasar el tiempo!, pero lo cierto es que vivían pegadas a la radio y que jamás había visto a ninguna de ellas abrir un libro".

El destino, digámoslo aquí como una apostilla, el destino de los escritores de radionovelas mexicanas es bastante mejor que el del Pedro Camacho de Vargas Llosa. Algunos de ellos llegan inclusive a dirigir la radio y la televisión del Estado en nuestro país.

Caigamos ahora en Radio Red o dejémonos atrapar por la red, además del programa dizque "chispeante chismorreó" cuyas secciones son cuchicheos, notas sociales en serio y el impacto del día y además de La Tremenda Corte, este programa naturalmente de malos olores, Radio Red comparte con XEW y con la XEX un particular interés político por el periodismo radiofónico, un interés político por difundir explícitamente tesis ideológicas. Ya sabemos —éste es un lugar común que casi ni sería necesario repetir— que toda la comunicación propone puntos de vista subjetivos aunque uno no quiera, pero en Radio Red hay no pocos comentaristas que explícitamente hacen armas ideológicas, naturalmente contrarios al avance social en una actitud que no es nueva.

En los primeros años cincuentas, particularmente, la XEW se había vuelto receptáculo de programas, que al paso del tiempo he reflexionado y creído descubrir que eran programas patrocinados por el servicio de información de los Estados Unidos o por la CIA. Recuerdo que había radionovelas como "La Pensión Rodríguez" o como "Ojo de Águila" o programas noticiosos, como "El Mundo en Marcha", que bajo la inocente cobertura de episodios dramáticos o recuento neutral de los acontecimientos introducían gérmenes propios de la guerra fría que entonces estaba en su punto más helado, para que los oyentes mexicanos sin advertirlo, sin percatarse de ello, formaran filas en los ejércitos de las democracias y no se descarriaran. Esta politización de las ondas radiofónicas explícita entonces y de las que durante un largo tiempo quiso mantenerse alejada la industria radiofónica ha vuelto a apoderarse de los micrófonos y ahora se hace política obviamente conservadora, política reaccionaria a través de los micrófonos de no pocas estaciones y singularmente de la Red, cuya influencia por ser justamente una red nacional es particularmente poderosa.

Pasemos a la B Grande de México, porque esto nos conduce a otro planteamiento que interesa también. Lo que me interesa subrayar es que la B Grande de México está hoy, hasta donde mis noticias llegan, en manos del Estado mexicano por malos manejos de las empresas privadas (estos malos manejos de los que se habla poco porque el espacio radiofónico y el espacio de mucha prensa está ocupado en hablar de la corrupción de las empresas públicas). El grupo que manejaba 7 empresas, el grupo que se llama Radio Fórmula entró en quiebra y el Estado mexicano tomó provisionalmente por lo menos algunas de estas radiodifusoras. Ha puesto



en venta algunas de ellas; ya las entregó a un grupo que se llama Televisa y tiene, sin embargo, todavía consigo otras empresas entre las cuales me parece que está la XEB, respecto de la cual no toma una decisión todavía, probablemente congelado como está por esta indecisión que hoy es clara respecto del manejo de los medios públicos de difusión. La entrega de una emisora como ésta a alguna institución que carezca de ella (la Universidad Nacional si bien tiene una emisora no es ésta tan potente como la XEB) podría beneficiarse de ella. Sería un acto socialmente saludable que podría tomar en estos momentos el Estado mexicano.

En su colofón histórico (ya vamos acercándonos al final, ya vamos en la página 25 de las 32 que tiene la ponencia) nos habla el profesor Curiel de la suma de pequeños o grandes imperios: ACIR, RUMSA, Corporación Mexicana de Radio, ORMA, PROMORADIO, RADIORAMA, etcétera. Es importante detenerse de nuevo aquí. Uno de los fenómenos característicos de la operación de la radio en nuestro país es su aparente dispersión. Hay 600 (digámosla en números cerrados para no entrar en complicaciones estadísticas, que ya vimos que las hay) estaciones de frecuencia ampliada de A. M.

Se podría pensar que hay 600 concesionarios, es decir, 600 personas y que aquí hay una pluralidad correspondiente al mosaico nacional. No es así, estas 600 concesiones comerciales están operadas por una veintena de agrupaciones que tienen su sede en la ciudad de México, algunas de las cuales están mencionadas en este colofón histórico escrito por el profesor Curiel.

Es cierto que las concesiones no son todas propiedad de estos grupos, no hay una elevada concentración de la propiedad, pero sí hay una elevada concentración de la operación de las estaciones porque muchos radiodifusores, muchos concesionarios, entregan sus estaciones a estos consorcios centrales para que las operen y solamente les entreguen ganancias; o bien si los concesionarios son más cautelosos y temen (porque quizás los conocen) que no se les entreguen tan puntual y completamente las ganancias obtenidas; ellos mismos se dedican a la administración de las estaciones; reciben, sin embargo, completamente hecha la programación. Hay un grupo como ACIR (Asociación de Concesionarios Independientes de Radio) que controla 51 estaciones en todo el país además de una media docena de estaciones en la ciudad de México y reproducen en todo el país la programación de estas 6 estaciones piloto. Así como Radio Capital y Radio Variedades y Radio Sensación en la ciudad de México, la misma programación con los mismos nombres, con los mismos locutores, se reproduce en las Radios Capitales, Radios Sensaciones, Radio Variedades de la provincia cuando las estaciones correspondientes son operadas por el grupo ACIR.

Incidentalmente, cabe decir que el presidente del grupo ACIR el señor Francisco Ibarra, cuando fue presidente de la Cámara Nacional de la Industria de la Radio y la Televisión, llegó a decir en defensa de que la radiodifusión continúe siendo explotada por los particulares, que el manejo de la radio por los Estados europeos como Francia, como la Gran Bretaña, como Alemania, como Italia, es "residuo

del fascismo", porque es el Estado el que maneja los medios de radiodifusión y no los particulares.

Es importante detenerse todavía otro minuto más en la enumeración y la reflexión sobre los grupos que controlan la radiodifusión, porque algunos de ellos ofrecen interesantes correlaciones con otros medios. Así, por ejemplo, hay una cadena que se llama RASA (Radiodifusoras Asociadas, S. A.) que tiene 48 emisoras en el país y corresponde al grupo Azcárraga que domina la televisión. Hay también una referencia digna de interés en el grupo que se llama SOMER (Sociedad Mexicana de Radio) que establece por vez primera en la historia de los medios una vinculación con la televisión y con medios impresos. SOMER maneja ya dos diarios en Monterrey y las radiodifusoras que opera en la propia capital de Nuevo León comparten un oligopolio de la radio con otros dos grupos privados en Monterrey. En la tercera ciudad del país, la radiodifusión está a cargo de tres grupos exclusivamente, uno de los cuales maneja además la televisión local y dos de la media docena de diarios que imprimen en esta ciudad nortea.

Otra cadena en la que también vale la pena detenerse, porque nos lleva por pistas interesantes, es la que se llama, en un alarde de imaginación para crear siglas, FIRMESA, que tiene 27 estaciones de radio en el país, presidida por Luis Ignacio Santibáñez, un locutor político como hay varios. El sector de la radiodifusión en México se caracteriza por lo explícito de su carácter de grupo de presión, por lo desnudas que son sus aspiraciones en este campo que, por una parte, les permite tener a la industria en general (incluido el sindicalismo que forma parte de ella) con espléndidas concesiones por parte del gobierno y, por otra parte, le ofrece también la posibilidad de participar en los aparatos formales del poder. Desde hace varias legislaturas hay inevitablemente un hombre de radiodifusión en la Cámara de Diputados o en la Cámara de Senadores. Ha habido ya dos gobernadores cuyo origen político económico está en la industria de la radiodifusión. Hoy, el dirigente de los trabajadores de la radiodifusión es senador y aspira, aunque dice que no, a ser gobernador de Querétaro y es además dueño de una filosofía política que conviene traer a cuento, ya que el curso de invierno del que forma parte este comentario hace referencia a la dependencia en la comunicación. Formalmente no hay dependencia de la radiodifusión mexicana respecto de un poder imperial, y probablemente el que no la haya o no la haya explícitamente se debe a algo como lo que a continuación oiremos. Don Rafael Camacho Guzmán, que es el líder de los trabajadores que negocia con los empresarios como los Azcárraga, los O'Farril, etcétera, dijo en 1972, al abrir un gran acto con que festejó los 25 años de existencia de su sindicato, este colofón al discurso inaugural de aquel acontecimiento:

Podemos orgullosamente mencionar que los Azcárraga, los O'Farril, los Pasos de la Torre, los Aguirre, los Salinas, los Vélez, los Serna Martínez, los Obregón, los San Martín, los Salas, los De la Rosa, los Fernández y tantos otros que pudiera yo mencionar, son ejemplo de que la radiodifusión mexicana se inició



por mexicanos, se hizo y maduró por mexicanos y la heredan hijos de mexicanos a los cuales en este día nuestra organización rinde tributo por no ser de los prestanombres de nuestra patria y porque laboran conjuntamente al esfuerzo del gobierno federal para dar mayor ocupación, para elevar el nivel profesional de los trabajadores. Muchas gracias señores representantes de los radiodifusores de nuestro país, muchas gracias por seguir siendo tan mexicanos.

En este medio masivo, la radio, lo es de transmisión de música grabada y de mensajes comerciales. Viene aquí la reiterativa, la probablemente tediosa, la cansina, la quejumbrosa pero todavía necesaria mención al hecho de que la transmisión de música grabada y de mensajes comerciales que se practica en la radiodifusión mexicana es contraria a la ley, a la misma ley que tanto satisface, según lo han hecho saber repetidamente los propios radiodifusores, los propios concesionarios. La ley establece que debe haber un porcentaje de programación viva que no se satisface de ninguna manera en el 99 por ciento de los casos de la radiodifusión, que difunde obviamente programación tonta, es decir, no viva; programación grabada, es decir, no viva. Esta violación al porcentaje entre la programación grabada aparece también en lo que toca a los mensajes comerciales.

"Salvo aclaración en contrario", dice el profesor Curiel, al iniciar su modesta posición radiofónica —que yo tenía, al leer el título, que se pareciera a la Swift y nos propusiera comernos a los radiodifusores— "en México existen las siguientes emisoras culturales". Hay la aclaración en contrario.

De nuevo no con el ánimo de palmetear, sino de indicar la escasez de fuentes confiables: en Aguascalientes, además de XENM, que es la difusora de la Casa de la Cultura, la Universidad tiene ahora su propia difusora, la XEUAA.

No están enlistadas, tampoco, las emisoras de la Universidad Nicolaita de Morelia, la XESU; ni una emisora en Felipe Carrillo Puerto, Quintana Roo, que es la XEKX; y no está tampoco consignada en Guanajuato, además de la radiodifusora de la Universidad, la XETC del Tecnológico de Celaya, que también tiene el estatuto de difusora cultural. No está enumerada tampoco, en las estaciones de onda corta del Distrito Federal, la XEXA Radio Gobernación. No está tampoco anotada en Nuevo León, en el campo de la onda corta, la XEUJ que opera en Linares, Nuevo León. Finalmente curo la ignorancia del profesor Curiel en cuanto al domicilio de la XEUMT. Así dice su nota al respecto de esta emisora: "Ignoro el domicilio de XEUMT". Eso se encuentra, según mis informes, en un lugar de Chihuahua que se llama Sisoguiche. Es una escuela radiofónica operada por los jesuitas. (No se piense que por eso tengo el informe.)

Termino con un par de referencias a dos hechos importantes:

El ciclo se llama "Comunicación y Dependencia". A pesar de que de acuerdo con la ley y de acuerdo con los informes del Registro Público de la Propiedad, la radiodifusión está operada por mexicanos y no hay intervención, la más obvia en estos campos, de capital extranjero en la radio mexicana, es evidente la dependencia

de la radio comercial respecto de formas de producción y de transmisión radiofónicas creadas foráneamente.

Los esquemas mismos, la esencia misma de la operación de la radio es una esencia dependiente. Aquí hacemos la radio que se nos enseñó a hacer en los Estados Unidos y no la radio que hubiéramos podido hacer de seguir modelos europeos.

Las emisoras difunden, como lo ha dicho el profesor Curiel, básicamente dos contenidos: música grabada y anuncios comerciales; la fuente en general, si no de los contenidos sí de la producción material de ambos factores, de ambos elementos, es también una fuente imperial y, por lo tanto, se manifiesta respecto de ellos la dependencia de la radio. La música grabada que se toca en las estaciones comerciales, música reiterativa, repetitiva, es producida por las productoras de fonogramas, cintas y discos, que son en México filiales de empresas típicamente trasnacionales, como la RCA, como la Columbia. La mayor parte de la música que se toca en las estaciones comerciales mexicanas procede de esas fuentes de las empresas trasnacionales dedicadas a la grabación de cintas y de discos.

La producción de avisos comerciales corre a cargo fundamentalmente, como lo ha enseñado Víctor Bernal Sahagún (y seguramente se referirá al asunto en la oportunidad que le corresponda dentro de este mismo curso de invierno), de las filiales mexicanas de las empresas trasnacionales dedicadas a la publicidad.

Hay, pues, una comunicación dependiente en la radio: dependiente por lo que hace a sus contenidos, por lo que hace a sus aspiraciones, por lo que hace a su planteamiento esencial.

Es bien conocida —con esto concluyo— la sentencia de Brecht (con la que por cierto, y para no desentonar de una comunicación sobre la radio, permítaseme un comercial: esta sentencia de Brecht se utiliza como colofón cotidiano de la programación de Radio Educación), sentencia que resume el estado en que frente a esa radiodifusión comercial de la que hemos hablado —con inteligencia el profesor Curiel, a trompicones yo— y en la que están inmersos los ciudadanos mexicanos: "El hombre que tiene algo que decir se desespera de no encontrar auditores, pero es aún más desolador para los auditores no encontrar a nadie que tenga algo que decir".